

**DOMINGO DE PASCUA**  
*Catedral de La Habana, 23 de abril del 2000*

Queridos hermanos y hermanas:

En la mañana radiante de la Pascua aparece Pedro, aquel a quien Jesús había confiado de modo especial su Iglesia, presentándonos a ese Jesús, que él negó conocer en la noche aciaga en que arrestaron al Maestro. Y nos dice que de ese Jesús debemos saber nosotros tres cosas que lo sitúan en la historia y más allá de la historia:

1. Comenzó en Galilea su acción de sanar, liberar del mal a los oprimidos y hacer el bien, porque Dios estaba con Él.
2. En Jerusalén lo mataron colgándolo de un madero...
3. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver.

Y así sale a nuestro encuentro, en el domingo de su resurrección, Jesús, el Cristo, el que pasó haciendo el bien, fue crucificado y resucitó como proclamamos cada domingo al rezar el CREDO.

El Evangelio de San Marco nos muestra la continuidad que hay en el hecho histórico de la Resurrección de Cristo. Las mujeres, al atardecer del viernes, habían estado cubriendo de unguento un cadáver. El cadáver de alguien muy querido que les había hecho mucho bien en sus vidas y que había sido condenado a morir en una cruz. Pasadas las fiestas de la Pascua, el sábado, ellas regresaban el primer día de la semana a ungir el cuerpo venerado de su Maestro con los perfumes y aceites con que se acostumbraba a embalsamar los cuerpos de los difuntos, pues la prisa del viernes no les había dejado terminar la piadosa tarea. Ellas vieron correr aquella piedra grande y pesada y ahora se preguntaban quién podría moverla, pues ellas no tenían fuerzas para hacerlo. El viernes, varios hombres la habían situado bien a la entrada del sepulcro nuevo cavado en la roca.

Iban al penoso oficio de lidiar con un cadáver, y una piedra inmensa se les interponía. Pero la historia, en su sucesión lógica, iba a romperse en pocos instantes: al llegar al sitio conocido, la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entran en el sepulcro y ven a un joven, un desconocido, vestido de blanco, sentado. Y ese personaje, con quien no contaban, les habla y sabe sus preocupaciones: «¿Buscan a Jesús, el Nazareno, el Crucificado? No está aquí, Ha resucitado».

Vieron vacío el sitio donde lo habían dejado el viernes y salieron corriendo del sepulcro, temblando de espanto. Ellas pensaron, quizá, que aquel muchacho había sido enviado por alguien. Alguien que se había robado con la ayuda de otros el cuerpo del Señor, porque tuvieron que venir varios para correr aquella piedra. ¿Quién sería? En el primer momento, el miedo les cerró la boca y no dijeron nada, ¿sería una trampa para atrapar a los discípulos, a los seguidores de Jesús? Pero había más; dice Marcos que ellas temblaban de espanto. Espanto habían sentido al pie de la Cruz, y al ver después el cuerpo inerte de Jesús en los brazos de la Madre transida de dolor. La muerte siempre nos espanta. Los muertos producen siempre espanto al ser humano. Y la muerte de Jesús fue muy espantosa, más que cualquier otra. ¿Podría haber algo peor? Pero ahora Jesús, muerto, no es ya para ellas un cadáver que está allí, detrás de una inmensa piedra, en el mismo sitio y en la misma postura que lo dejaron. Además el joven sereno y radiante, que no parecía de este mundo, dijo: «No está aquí, porque HA RESUCITADO». Y no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían. El horror del espectáculo cruel de la Cruz no las hizo volver atrás. Con manos dulces de mujer habían cubierto aquel cuerpo santo de unguentos y aromas. El corazón femenino no se paraliza de miedo

ante el dolor y el sufrimiento acude normalmente a aliviarlo. Ellas no tuvieron miedo tampoco a los soldados, ni a la turba enfurecida que rodeó a Jesús. Miedo tuvieron algunos de los discípulos. Ordinariamente, a las mujeres se les involucra menos en las situaciones de tensión política o social. Ellas podían estar junto a la cruz por compasión hacia Jesús, por acompañar a la Madre del condenado. Además, en todo caso, ya ellas habían dado la cara y la estaban dando ahora al ir al sepulcro. ¿Qué miedo sintieron entonces? El miedo a lo inesperado, a lo nuevo, a lo que no es de la historia corriente de este mundo. Si Jesús ha resucitado y está vivo, esto es algo único, que viene de Dios, pues ellas son las primeras testigos de que Jesús está bien muerto. Ellas tocaron con sus manos a Jesús muerto. Si ahora está vivo no es solo un acontecimiento excepcional, sino cargado de consecuencias. De ahí el miedo. Estaban ante una extraordinaria intervención de Dios en la historia, y ellas tan cerca del acontecimiento, tan cerca del misterio, no podían sentir de otro modo. Dramático y rápido sería el tránsito del temor a la alegría y de la alegría al compromiso con la historia y con la humanidad, el de haber sido las testigos privilegiadas de aquella muerte y de aquella resurrección. De hecho, todo el cristianismo se sostiene o se derrumba con este anuncio: Cristo ha resucitado. Nuestra fe no nació de palabras abstractas, por muy hermosas que fueran, como podrían ser: una proclamación de la fraternidad o una declaración solemne del primado universal del amor. Nuestra fe nace de un hecho testimoniado y proclamado por quienes han participado en él: resucitó en verdad Jesucristo, el Señor. Su anuncio nos llega de la voz del ángel de la resurrección, a través de las mujeres que vencieron pronto su miedo y lo comunicaron a Pedro y a los otros apóstoles, que vieron primero el sepulcro vacío y, después, a su Señor vivo. Esa noticia nos llega de lejos a nosotros, a través del tiempo, por una cadena ininterrumpida de testigos. Pedro nos dice en el libro de los Hechos: «Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo que Dios da a los que le obedecen» (*Hch 5, 32*).

Al testimonio de los apóstoles, transmitido hasta hoy por la Iglesia, se suma el testimonio del Espíritu Santo en lo hondo de nuestro ser. El Espíritu del Resucitado actúa en nuestros corazones, como actuó en el Concilio Vaticano II y guía hoy a la Iglesia para que entre en el Tercer Milenio de la era cristiana, dando testimonio a nuestro mundo de que Cristo ha resucitado y vive en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Esta es nuestra alegría pascual, la que vivimos y deseamos a los otros en este día de la Resurrección del Señor. Esta alegría de la Pascua no puede ser en nosotros algo superficial como sería decir: primero, los cristianos celebramos la pasión y después aceptamos y proclamamos en la fe la Resurrección del Señor y quedan detrás como una pesadilla la pasión de Cristo con sus azotes, sus clavos y su muerte de Cruz.

La lectura del libro de los Hechos nos dice hoy que al Jesús, a quien colgaron de un madero, Dios lo resucitó. De hecho, la alegría de la Pascua no borra el sufrimiento del mundo. Después de esta celebración gozosa, el médico retorna a la realidad, cotidiana para él, de la enfermedad y de la muerte; la religiosa que atiende ancianos derrochará su alegría con los que paso a paso dejan esta vida. Y en la sociedad encontraremos algunos valores esperanzadores, pero estructuras y concepciones portadoras de muerte. Ahí está la miseria dolorosa y desafiante de gran parte de la humanidad. La Cruz de Cristo no se borra con su Resurrección, porque continúa alzada en medio del mundo.

La Vida nueva de Jesús Resucitado que Él nos comunica a nosotros, y que San Pablo nos impele a vivirla en plenitud, buscando los bienes altos, de arriba, donde está Cristo junto al Padre, no es una simple cancelación de la muerte en cruz, como si festejar la Resurrección consistiera en olvidar la Cruz.

La Resurrección del Señor nos descubre, más bien, la vitalidad maravillosa que estaba presente en la existencia de Jesús, que se manifestó en todo momento, más que en ninguno, en la hora de su muerte, vivida en total abandono al Padre, amando hasta el extremo, como el servidor doliente que muere por sus hermanos. Este era el secreto de su estilo de vivir, el que con tanto deseo dejó a los suyos en el Sacramento de la Eucaristía: la entrega; su entrega al Padre por nosotros y su entrega a nosotros que se hace perenne en el Sacramento del Amor. La Resurrección es la aceptación por el Padre de la vida entregada de su hijo Jesucristo. Es decirnos Dios a nosotros hoy, como dijo en la mañana de Pascua a los apóstoles: La vida entregada, la vida perdida por amor, es la que triunfó en la cruz.

Por eso, el Padre, que tanto había amado al mundo, que le entregó a su Hijo; el Dios Padre, que aceptó la entrega del Hijo en manos de quienes lo crucificaron, nos lo entrega ahora Resucitado y cubierto de Gloria.

La alegría pascual, por lo tanto, no es superficial ni desmemoriada; es una alegría capaz de acordarse y de integrar seriamente la Cruz de Cristo. Y nos lleva así a encontrar caminos de esperanza para nosotros y para nuestros hermanos. Porque el Espíritu Santo, don de Jesús resucitado a los creyentes, arranca de nosotros el miedo a lo desconocido y a la muerte y pone en nuestros corazones la capacidad de vivir al modo de Jesús, aquel estilo de vida entregada que recibió el premio de la Resurrección.

La alegría pascual debe hacer frente a las condiciones del mundo real en que vivimos, donde nada parece cambiar, donde hallamos la enfermedad, la muerte, los odios, la irreconciliación, las penurias de todos los días.

Cuando la Iglesia vive su fe de verdad, en la oración, con entusiasmo y alegría, abandonándose al amor de Dios Padre, en solidaridad de amor hacia quienes la necesitan con más urgencia y con todos, esa es la Iglesia de la Pascua, la que no ignora los problemas y los males que existen, pero intenta superarlos en la entrega y el amor. Es así como podemos anunciar que la Resurrección de Jesucristo es el tiempo del amor y la esperanza.

A los 2.000 años del nacimiento del Redentor, la Iglesia tiene que hacer el mismo anuncio que Pedro y los otros apóstoles hicieron después de la primera pascua cristiana, Resucitó el Señor y está con nosotros. Esta buena noticia no se proclama solo por nuestra palabra, sino viviendo en el amor la solidaridad y el servicio a los demás, dando con coraje y confianza testimonio de nuestra fe en Cristo, el mismo ayer, hoy y siempre.